



Ambición, liderazgo y emoción

Juan Ayala

Centro de Biología Molecular «Severo Ochoa» CSIC-UAM.
Secretario de la SEM

En un reciente artículo, Fernando Baquero, loando las virtudes del penúltimo premio Jaime Ferrán, que otorga la SEM a sus más jóvenes y destacados socios¹, nos ilustra sobre las virtudes que deben presidir la condición de científico. En resumen, ambición, liderazgo y emoción. Todas ellas son cualidades, o quizás mejor dicho «calidades» como remarca el autor, que no siempre son bien entendidas en la sociedad en general y en la vida del investigador en particular. En primer lugar, ambición, pero ¿para qué? ¿Es buena la ambición? ¿En qué medida? Puede llegar a ser avaricia? De nuevo el autor nos ilumina con su gran destreza sobre lo que implica esa ambición, «hambre de saber, de hacer progresar, de arrastrar a otros a tu propio camino, de conseguir, de competir», que como podemos ver rápidamente no tiene ninguna de las acepciones que la gran mayoría entendería por ambición, como la define la Wikipedia (Del latín *ambitio*, *-ōnis*) es el deseo ardiente de poseer riquezas, fama, poder u honores. Otra de las peculiaridades de este término en la vida científica, que nos indica Fernando, es que debe ser «proporcional a las capacidades personales». ¿Qué difícil llevar a la práctica este silogismo! ¿Quién de los que llegó a estar en el ambiente científico no se considera con las mayores capacidades personales para conseguir los mayores logros? Y qué difícil es reconocer el lugar exacto donde estamos y hasta donde llegan nuestras capacidades. Yo suelo decir que «no hay mayor idiota que el que piensa que tener cinco dedos en cada mano es un logro personal». Y nuestro autor lo resume mucho más acertadamente: «Los imbéciles ambiciosos se sitúan ellos mismos en los más horrosos de los círculos infernales, porque tarde o temprano se darán cuenta de su propia estupidez». Así pues, ambición sí, pero en su justa medida y en sus justos términos.

La segunda «calidad» es liderazgo, y este término tiene su justa expresión en la dicción inglesa «group leader», pero no tan buena en la española «jefe de grupo». Ya que como de nuevo nos instruye Fernando, «la capacidad de construcción de grupo es en nuestros días una condición del éxito científico», y esto no es tarea fácil. ¿Por qué es tan difícil? Ser jefe es muy fácil, uno manda y los demás obedecen, pero jefe es una cosa y líder es otra. De nuevo Fernando nos indica el camino. «Hay que conjugar la excelencia personal frente a la de los demás y la humildad de nuestra absoluta necesidad de los que nos rodean». ¡Ahí está el secreto! Mostrar una gran humildad para que los que nos rodean puedan desarrollar sus propias y legítimas ambiciones, pero al mismo tiempo manteniendo una rela-

ción de amistad y afecto. Y todo ello con la mano firme que nos dicta la «ambición» y la «emoción».

Y llegamos a la tercera «calidad»: la emoción. Esta es la que a mí me parece la más innata de las cualidades de un científico. Las anteriores también valdrían para otros menesteres de la sociedad, pero esta es algo inherente e inseparable de la condición de científico. ¿Y qué es esa «emoción»? pues como dice Fernando, «temblar, casi (y yo diría sin casi) físicamente, ante una nueva idea, o frente a una observación inesperada y clarificadora», «poseer la inocencia de creer que podemos saber, hacer, enfrentarnos a la oscuridad con nuestra inteligencia y nuestra experiencia», y sobre todo «sentir la pulsión interna de que nada, ni nadie, conseguirá apartarnos de investigar ese hecho nuevo». No he podido evitar incluir literalmente estas referencias, porque difícilmente se podría relatar mejor. Eso es la «emoción». «La emoción de descubrir» que diría el cronista dando título a la biografía del fundador de nuestro centro «Severo Ochoa»².

En este momento mercantilista que nos está tocando vivir, parece imposible que quede alguien en este país capaz de poseer las tres «calidades». Y en este contexto, vienen a cuanto las palabras del rey Juan Carlos pronunciadas en 1982 con motivo de la concesión a Severo Ochoa del Premio Ramón y Cajal del Ministerio de Educación y Ciencia. Tienen, en mi opinión, demasiado y, lo que es peor, no lo han perdido después de más de 30 años de ser pronunciadas.

«Con ello he querido dar testimonio de mi voluntad de amparar y promover la dedicación a las tareas de investigación, sea esta básica o aplicada, a sabiendas de que no habrá desarrollo sin avance en las ciencias y en las técnicas sin fomento de la investigación pura. Deseo también afirmar que al lado del impulso del Estado, tiene que estar también el aliento y la colaboración de la sociedad a través de fundaciones y empresas privadas (...) pero confío en que vuestra constante y creciente atención a estos quehaceres evite que los jóvenes y futuros investigadores tengan que trabajar en otras partes por no encontrar aquí los estímulos y recursos necesarios».

Así sea.

REFERENCIAS

1. Baquero F. «Bruno González Zorn: semblanza» (2011) ActualidadSEM 52, p. 49
2. Gómez Santos M. «Severo Ochoa: la emoción de descubrir» (1993) Ed. Pirámide, ISBN 9788436807325.